

**Mario Angel Moya Umaño**

## **¿Gnoseología u Ontología?**



A filosofía tiene sin duda un objetivo bien preciso: conocer los principios y fines del Universo, para dar un sentido al conocimiento de los medios universales proporcionado por la ciencia. No puede existir un divorcio absoluto entre ciencia y filosofía, sin que la primera se convierta en una actividad ciega y deshumanizada y la segunda devenga en un simple pasatiempo intelectual desconectado de la realidad viviente.

En el hecho, no existe un científico que no sienta la inquietud de buscar un significado filosófico a las realizaciones de la ciencia, aunque se ha repetido con insistencia que dentro del campo estrictamente delimitado de ésta no pueden tener cabida tales especulaciones.

En cambio, muchos filósofos han pretendido levantar un muro insalvable entre las finalidades de su investigación y las del hombre de ciencia. Esto no puede ser, y no puede ser porque el ser humano es, primordialmente, un objeto científico, un medio entre los muchos medios de que se vale el Universo para la consecución de sus fines; y sólo como tal, como un objeto científico, es también un ser pensante, un investigador de lo desconocido. No podemos perder de vista este hecho del hombre como fenómeno, como una parte del Universo y no como un universo en sí mismo; su hacer, como su pensar y su sentir pertenecen al Universo, se afincan en la esencia, en los principios de éste y no pueden tener otra razón de ser que la razón misma de la existencia del Universo.

Puede, sin duda, el hombre atribuirse —y de hecho así ocurre— la representación del Universo en sus afanes cognoscitivos; pero, no es menos cierto que en tal caso actúa como un Yo universal que trata de autointeligirse y su función sólo quedará cumplida satisfactoriamente en tanto su acto intelectual abarque los principios, los medios y los fines en un todo armónico, por cuanto los medios representan el único puente por el cual el fin —que en este caso vendría a ser esa autointelección misma— puede llegar al reconocimiento de sus principios.

Nada autoriza a suponer que el hombre sea un ser trascendente, un fenómeno marginal, un acontecimiento extrauniversal, un algo sobrenatural. Por el contrario, su estrecha dependencia de las leyes naturales conocidas, permite afirmar que igual dependencia manifestará respecto de las leyes aún no establecidas. Siendo así, tenemos que admitir que su impulso cognoscitivo es un acto natural, una función del Universo que representa una autointelección de éste; un hecho que, al menos respecto del hombre, constituye una finalidad del Universo.

En consecuencia, tal como cuando un hombre se dispone a cazar una fiera, porque ese es el fin que se ha propuesto, se da por descontado que ha preparado convenientemente todos los elementos que, con la debida antelación, ha estimado necesarios para conseguir su propósito, para realizar su acto cinético, así también debemos suponer que la Naturaleza, con el fin de autointeligirse, ha dispuesto los medios conducentes a ello. Luego, resulta obvio que podemos realizar el acto de conocimiento, la investigación de los principios universales, sin necesidad de averiguar previamente y de nuevo “cómo está construída la carabina ni cómo se maneja”. Estamos ya en plena acción cognoscitiva desde que nacimos, estamos en plena caza de lo desconocido, y es absurdo que después de estar toda la vida cobrando piezas de toda magnitud, nos entre el temor de que lo que va a ponérsenos a tiro en adelante será distinto y de que tengamos que vernos obligados a revisar nuestra carabina... y quizá a

inventar otra. Esto indica, simplemente, que nos hemos dejado llevar de nuestra imaginación y que, en lugar de apuntar a las piezas que tenemos delante, estamos apuntando a nuestra propia cabeza, donde hemos creído ver un monstruo inconcebible, sobrenatural.

Por esto, creemos que una teoría del conocimiento sólo se justifica como un producto de la teoría del ser, pero no como base para la ontología. Creemos que el dar precedencia a la gnoseología sólo puede acarrear como consecuencia la indicación de falsos objetivos para la investigación del ser.

Si tomamos como punto de partida de la filosofía una teoría del conocimiento, nuestra investigación del Universo desembocará infaliblemente en el mundo de las representaciones y nos obligará a entender el Universo como un mecanismo ideológico, por decirlo así. Nuestra ontología será una teoría de las ideas, en la que el objeto y el sujeto serán ideas y sus relaciones constituirán sencillamente una psicomecánica. Ocurrirá algo semejante a lo que pasaría si un biólogo decidiera que las verdades de su especialidad sólo pueden ser legítimas si son obtenidas a través de una teoría de la visión. Evidentemente, todas sus búsquedas desembocarían en el campo de la óptica y lo que él tomara como principios biológicos no pasarían de ser leyes de una mecánica de las radiaciones luminosas.

Así, pues, la filosofía no puede, no debe intentar soslayar la realidad viviente, so pena de encerrarse en un mundo tan limitado como el de las matemáticas o de cualquiera otra ciencia particular, pero con la desventaja de creer que sus formulaciones tienen un valor universal. La filosofía se ha dado a sí misma la tarea de encerrar a todas las ciencias particulares en una generalización primordial y, como consecuencia de esta posición universalista, integral, le está vedado tanto reducirse a un campo particular, como pretender aislarse desentendiéndose de las parcelas que deben quedar comprendidas en su territorio total. La filosofía no debe ni excluir lo conocido y cognoscible ni incluirse entre lo conocido y cognoscible, porque ella debe ser esencialmente el conocimiento integral, el conocimiento

viviente y en plena acción, el conocimiento que no puede ser disecionado sin perder su eficacia y su razón de ser.

Esta es la posición filosófica que intentaremos justificar y realizar a través de estas páginas.

## LA COSA NATURAL

Si examinamos el Universo hasta donde nuestros medios de percepción nos lo permiten, observaremos que todo él se compone de objetos individuales, unidades físicas comprendidas en una escala de magnitudes que se extiende entre el átomo y los cuerpos celestes de diámetro inconmensurable. Aparte de estos objetos materiales, sólo observaremos la existencia cierta del espacio vacío, en cuyo seno ocurren los fenómenos de la gravitación, electricidad y el magnetismo, los cuales, a pesar de presentarse en unidades cuánticas, no poseen caracteres de cosas netamente materiales. Finalmente, completa el esquema general del Universo el fenómeno de nuestra propia personalidad, en cuanto centro de conciencia o centro perceptor.

En consecuencia, nuestro interés se reduce a investigar la consistencia de los objetos materiales, las propiedades del espacio y la ubicación de nuestro Yo, por cuanto éste no ha podido ser atribuído, hasta ahora, ni a la totalidad de nuestro organismo físico ni a una porción concreta de él. Respecto del espacio vacío, no presentando caracteres físicos perceptibles por nuestros sentidos, nos es imposible averiguar su consistencia y debemos limitarnos a investigar sus propiedades, deduciéndolas de los fenómenos que en él tienen su asiento.

Comenzaremos nuestro estudio por la cosa natural, esto es, por los objetos materiales tal como se presentan a nuestra percepción y, por intermedio de ésta, a nuestra facultad analítica.

Debemos recalcar, ante todo, la perfecta individualidad de los objetos materiales. Una mesa, un jarrón de cristal, un guijarro, un árbol, son cosas que poseen caracteres definitorios inconfundibles, de modo que nadie podría afirmar que este jarrón de cristal, por ejemplo, es a la vez un objeto diferente a él mismo. No, este jarrón de

crystal está inscrito en el repertorio de las cosas actualmente existentes en el Universo con signos que lo singularizan y que sólo a él pertenecen.

Existen objetos de existencia efímera, como las burbujas de gas o las gotas de líquido, pero es evidente que mientras sean una burbuja o una gota, son una cosa definida y perfectamente individualizada. Existen también agrupaciones de objetos que parecerían cosas indefinidas, como una nube de polvo flotando en la atmósfera o una masa de vapor, pero en estos casos basta separar una partícula, para comprender que se trata de multitudes de objetos reunidos circunstancialmente.

Elegiremos como objeto de nuestro análisis el jarrón de cristal a que antes nos hemos referido. Se trata de una pieza en forma de cilindro hueco, cuya superficie exterior aparece profusamente adornada de complicados diseños florales tallados en el cristal. Nosotros lo percibimos como una de las cosas actualmente existentes en el Universo, en la misma forma como percibimos cualquiera de los otros innumerables objetos materiales. Lo mismo da que lo observemos a ojo desnudo o que nos alejemos de él tanto, que tengamos que hacer uso de algún instrumento especial para percibirlo; en todo caso se nos presentará como un objeto singular, perfectamente individualizado, inscrito con sus caracteres particulares en el repertorio de las cosas actualmente existentes en el Universo.

Pues bien, coloquemos ahora este jarrón de cristal sobre la platina de una prensa hidráulica y hagamos actuar sobre él la máxima presión de esta máquina trituradora. Ahora separemos las mandíbulas de la prensa y observemos lo ocurrido.

He aquí una tenue capa de polvo blanquecino que cubre la pulida superficie de acero de la platina. Como se trata de una prensa especialmente construída para realizar este experimento, esta capa de polvo representa toda la "materia" del jarrón de cristal; pero, la verdad es que, por mucho esfuerzo que hagamos, no podemos perci-

bir aquí nada que recuerde ni lejanamente nuestro singular, definido y bello jarrón.

Por las dudas, cogemos una poderosa lupa y examinamos a través de ella la tenue capa pulverulenta. Con verdadero asombro descubrimos entonces que allí hay una cantidad innumerable de pequeñas partículas, refulgentes como joyas esplendorosas, cada una de las cuales aparece como un diminuto objeto perfectamente definido y, sin duda alguna, con su propia e individual inscripción en el repertorio de las cosas actualmente existentes en el Universo. ¿Cómo podría, entonces, ser nuestro jarrón una cosa también actualmente existente e idéntica a estos objetos particulares, dueños de su propia existencia?

Tenemos que aceptar la evidencia, por extraña que ella sea. No cabe duda de que nuestro jarrón, como la cosa definida e inconfundible que era, ha desaparecido del Universo sin dejar otra huella que el recuerdo de la certeza que tuvimos de su existencia. En este momento, decir que esa capa de polvo impalpable, que no es otra cosa que una multitud de diminutos y bien definidos objetos materiales, sea cierto jarrón de cristal, es tan aventurado como afirmar que el polvo que están hollando nuestras plantas es un guijarro selenita o marciano.

La desaparición completa de una cosa, como un objeto definido y actualmente existente en el Universo, ocurrida al destruir su organización, es un hecho de importantísima significación filosófica. Si no percibimos inmediatamente su importancia, ello se debe a la interferencia de nuestra memoria, en cuyo seno los objetos sucesores del desaparecido continúan asociados en una unidad físicamente inexistente.

Tomado el hecho de esta desaparición total en la forma como se presenta en la realidad, nos lleva a la conclusión de que las cosas materiales consisten simplemente en un complejo funcional, originado por la organización pro-cosa de un grupo de objetos de existencia anterior y de tamaño menor que el objeto dado. De ahí que al des-

truir su organización, cesen las funciones que le dan consistencia, que constituyen su razón de ser, y el objeto desaparezca completamente como la cosa definida que era.

Podemos destruir la organización no ya física sino química de una porción de agua, y, tan pronto esto ocurre, existirán en el Universo sendas burbujas —o quizás moléculas libres— de oxígeno e hidrógeno; pero, del agua, de esas cosa tan familiar e inconfundible que es un poco de agua, sólo permanecerá, en nuestra memoria, su recuerdo; porque de su corporeidad, de su realidad material, no quedará ni huella, ya que una burbuja o una molécula de oxígeno y otra de hidrógeno son cosas tan perfectamente individualizadas, tan definidas por sus propios caracteres físico-químicos, que no cabe la menor duda respecto de su existencia actual como objetos particulares sin identificación posible con cualquier otro objeto también actualmente existente.

Diremos, entonces, que las cosas materiales son funciones de una organización pro-cosa; y que la organización primaria, a partir de la cual se constituye la cadena de organizaciones secundarias que origina un objeto dado, tiene que estar integrada por puntos, ya que todo elemento mayor que un punto presenta caracteres físicos materiales, que serán funciones de una organización desintegrable.

Ahora bien, estos puntos primarios tienen que ser elementos reales, existentes en el Universo; por tanto, tenemos que suponer que son centros de alguna actividad, centro de acción, ya que el mero punto matemático representa un concepto abstracto sin realidad posible. Podemos establecer, además, que aquello que posee esa actividad centrígena debe ser algo que no presente ninguna propiedad material, pero que, sin embargo, aparezca existiendo con una existencia indubitable y universal, ya que en cualquier lugar del Universo puede existir un objeto material y en cualquier lugar puede ocurrir su desintegración, o sea su reducción a centros de acción, por lo menos hasta donde alcanza nuestra información científica. Este problema será materia de otro capítulo.

## LA SUBSTANCIA UNIVERSAL

La funcionalidad de los objetos materiales, su dependencia de una organización pro-cosa cuyos componentes son siempre de menor tamaño y de existencia anterior, en una misma cadena de desintegraciones, nos lleva a la conclusión de que el mundo físico puede ser reducido, en último término, a puntos reales, esto es, a centros de acción.

A su vez, la existencia de estos centros de acción nos lleva a suponer la existencia de algo que posee cierta actividad centrígena; y este algo, cuyos son dichos centros, adquiere los caracteres de substancia universal, puesto que todo aquello que representa para nosotros el Universo, se diluye en ese algo como el hielo en el agua de un lago.

Ahora bien, una substancia universal debe ser continua, infinita, única. De consiguiente, debe poder existir en sí misma, por sí misma y para sí misma; y estos distintos modos de existir de la substancia universal, son modos necesarios y exclusivos; no puede haber algo más que exista en sí mismo, por sí mismo y para sí mismo.

Estos modos necesarios y exclusivos de existir de la substancia universal nos permiten descubrir su identidad; porque, evidentemente, debe poseer una existencia real esa substancia que es la realidad misma; no podemos admitir que ella sea un mero concepto, una abstracción inidentificable fuera de nosotros mismos, porque entonces nuestro Universo se convertiría inmediatamente en un mundo de ideas, en un juego de conceptos, sometido a las leyes de nuestra organización psicosomática, debiendo ser en cambio un sistema antropo-cósmico.

Es el primer modo necesario de existir de la substancia universal el que nos da la clave de su naturaleza. En efecto, una sola y solamente una de las entidades de cuya existencia estamos ciertos puede existir en sí misma, revelando así su primordial categoría ontológica. Esa entidad es el espacio vacío, cuya existencia no admite

la menos sombra de duda, la más leve objeción, ya que el espacio interviene no sólo como condición necesaria de nuestro pensamiento, como quería Kant, sino que también como condición necesaria de toda forma de existir individual y de toda forma de relación entre las cosas. No obstante este absolutismo innegable de su existencia, percibida a la vez por todos nuestros sentidos y por nuestra conciencia, el espacio vacío no posee ninguna de las propiedades materiales de los objetos, que le darían una consistencia funcional, desintegrable.

A mi juicio, lo que ha impedido reconocer en el espacio vacío a la substancia universal, desviando a filósofos y científicos hacia abstracciones vacías de realidad, ha sido un porfiado residuo de atomismo en las concepciones del Universo. Aún hoy día, fuera de quienes han seguido con verdadero interés y profundidad las realizaciones de la física moderna, persiste la ilusión de que la "materia" puede ser reducida, en último término, a partículas simples intraatómicas, utilizándose en la mayor parte de los escritos científicos una terminología que parece confirmar este prejuicio, a pesar de que los especialistas saben perfectamente que tales "partículas" no poseen más materialidad que el centro de rotación de una esfera hueca que gire sobre sí misma. Este mismo experimento de rotación puede darnos una idea bastante clara de la primordialidad universal del espacio vacío.

Es cosa sabida que los centros de rotación no pueden estar ubicados sobre una partícula material, ya que en esta partícula la velocidad sería igual a cero y, por tanto, ella no pertenecería al cuerpo en rotación. Ahora, si el cuerpo en rotación está animado también de un movimiento de traslación sobre una órbita cerrada, cualquiera de sus partículas sería centro de rotación y se daría el caso de que ninguna de ellas pertenecería entonces al cuerpo dado.

Así, pues, tenemos que admitir que el centro de rotación de cualquier objeto está ubicado en el espacio, lo que es fácil de comprender si suponemos que dicho cuerpo es un disco musical del tipo moderno, con un gran agujero en medio, que ha sido lanzado al aire rotando sobre sí mismo. En este caso, el centro de rotación se

encuentra precisamente en el agujero central, o sea, en el espacio. Ahora bien, si el cuerpo en rotación describe una órbita circular, cualquiera de sus puntos es centro de rotación, y, por consecuencia, todos sus puntos están ubicados en el espacio. Descubrimos así que este objeto es un fenómeno puramente espacial.

Tratemos ahora de establecer cuál es o cuáles son las propiedades del espacio vacío o substancia universal. En adelante, siempre que digamos espacio o substancia entenderemos que nos estamos refiriendo al espacio vacío en cuanto substancia universal, al menos en el presente capítulo.

Un análisis de las acciones físicas nos permite establecer que la más simple actividad centrígena —generadora de centros— es el movimiento de expansión, del cual el movimiento rotatorio es un caso particular. Por otra parte, de los fenómenos universales, o sea, de aquellas manifestaciones que —según vimos antes— componen el Universo, nos queda sin ubicación y sin explicación nuestra propia conciencia que, precisamente, es un fenómeno evidentemente expansivo, no sólo porque está dotado de un centro —el Yo— sino por su natural tendencia a extenderse en una esfera de percepción, más allá de los límites de nuestra organización fisiológica e incluso más allá de los límites de nuestro circunmundo.

Como todas las acciones expansivas, la conciencia tiene que tener su centro ubicado en el espacio; de donde concluimos que el Yo es un fenómeno espacial. En consecuencia, el espacio es una substancia consciente; la conciencia es la propiedad del espacio, la actividad centrígena que él desarrolla.

Desde hace muchos años, diversos investigadores de psicología experimental han podido establecer que toda variación en los contenidos de conciencia —y éstos están constantemente variando— se manifiesta correlativamente por un impulso a la acción, el que puede ser revelado por medio de dinamógrafos muy sensibles. Esto nos indica que conciencia y movimiento están en relación de causa a efecto. Este hecho nos permite disipar el escepticismo que sin duda ha de originar en algunos nuestra conclusión de que la propiedad del es-

pacio es la conciencia. “El espacio piensa”, murmurarán algunos, “Vaya una ridiculez”. Pero, imaginémosnos el movimiento de la luz de una lejana estrella, que se expande uniformemente por los espacios siderales por millones y millones de siglos, y asociemos este monótono avanzar con un “pensamiento igualmente monótono y uniforme. Pensemos ahora en la compleja filigrana, los intrincados arabescos con que una “ballerina” nos deslumbra desde el escenario, y asociemos también estos movimientos a los pensamientos que presiden su armónico desenvolvimiento. En uno y otro caso, pensamiento y movimiento son los mismos, exactamente los mismos; sólo que en la estrella, en su luz, se presentan en una forma casi pura, mientras que en el complicado ballet aquel movimiento simple, aquel pensamiento simple, están fraccionados en millones de centros diferentes —cada célula un centro— y mezclados entre sí, para dar esa impresión de extraordinaria complejidad. La conciencia, en todos los casos, siempre es auto-percepción, que se manifiesta por un impulso expansivo. El pensamiento especulativo, la razón, y toda otra manifestación compleja de conciencia, sólo son casos particulares de auto-percepción, como los movimientos articulados de un complicado mecanismo son casos particulares del movimiento expansivo.

Por lo demás, la comprobación definitiva la dará el hecho de que, a partir del espacio vacío consciente, podamos hacer surgir el mundo material sin auxilio extraño a los elementos dados.

## MECANICA FUNDAMENTAL

Existe, pues, en la substancia-espacio un impulso expansivo, que tiene su origen en la actividad centrígena de que esa entidad está animada, actividad que hemos identificado con la conciencia o auto-percepción. Denominaremos “genopotencia” a la actividad espacial primordial o conciencia universal.

La substancia-espacio es única y continua; por tanto, cualquier punto de ella es centro del impulso expansivo genopotencial. Deno-

minaremos “genocentros” a estos puntos activos, que corresponden al Yo espacial y que, de consiguiente, son centros de percepción.

Ahora bien, el impulso expansivo de los genocentros circundantes de un genocentro dado, converge sobre éste impidiendo que se produzca una expansión real que, por lo demás, sería imposible en una substancia universal, única. Así, pues, el impulso expansivo espacial no llega a realizarse y, en consecuencia, la substancia-espacio permanece en estado de “tensión expansiva”.

Sin embargo, el impulso expansivo de los genocentros circundantes producen una variación en el contenido genopotencial del genocentro dado, o sea, existe la percepción de una zona de presión esférica “exterior”. Pero, las variaciones de percepción originan un comportamiento correlativo en el perceptor, como ha sido demostrado por numerosos experimentos dinamográficos; de donde deducimos que la totalidad de la substancia-espacio se comportará en conformidad a esa percepción de un límite “exterior” esférico.

En consecuencia, la substancia-espacio se comporta como esfera, de acuerdo con la variación de su contenido genopotencial. Este hecho implica que los genocentros se encuentran ubicados sobre una circunferencia, en lugar de una recta; pero, como se trata de una circunferencia de radio infinito, por ser la substancia-espacio también infinita, resulta equivalente a una recta y, por tanto, se conserva la necesaria inmutabilidad espacial.

Pero si el comportamiento como esfera de la substancia-espacio no altera su naturaleza total, inmutable, no ocurre lo mismo con su centro, pues el centro de una esfera es necesariamente esférico; más, los genocentros son puntos. ¿Hemos llegado, pues, a un punto muerto? No, decididamente no. Aunque la lógica nos aconseja detenernos y renunciar a la explicación de la génesis del mundo material por este camino, la realidad nos indica que, a pesar de todo, los fenómenos materiales existen y tienen su origen en el espacio substancial.

No nos queda otra alternativa que aceptar los hechos como se presentan: La substancia-espacio, comportándose como esfera, tiene

un centro esférico, y la solución real a este problema no puede ser otra que admitir el hecho escueto, esto es, que el espacio esférico es, simplemente "otro" espacio. El espacio esférico no es un espacio continuo, sino que un espacio cuyo centro, ubicado en cualquier lugar de él, es esférico.

Esta consecuencia ineludible nos lleva a introducir en nuestro esquema del Universo un elemento que hasta ahora no habíamos mencionado: el tiempo. En efecto, el funcionamiento del mecanismo genopotencial nos presenta aquí, por primera vez, uno de sus resortes fundamentales, cual es el intervalo de tiempo. Entre el espacio vacío, primordial, inmutable, continuo, y el espacio esférico, cuyos "puntos" son esféricos, existe un intervalo tal, que lo ocurrido en este último depende de la actividad del primero, mas no afecta en nada a éste lo que ocurra en el espacio esférico. Hemos llegado al espacio-tiempo einsteiniano.

Volvamos nuevamente al comienzo y enfoquemos la cuestión desde otro punto de vista. Teníamos los genocentros animados de un impulso expansivo, que no llegaba a convertirse en expansión real por la acción expansiva convergente de los genocentros circundantes de cualquiera de ellos dado. Esto producía en el espacio vacío un estado de "tensión expansiva"; pero, al producirse la transformación temporal de la substancia-espacio en espacio esférico corpuscular, tiene que producirse también un ajuste de la actividad genopotencial, puesto que sólo seis esferas pueden circundar tocando a una central y como, evidentemente, la genopotencia obra en forma constante, se produciría una expansión real que transformaría los corpúsculos esféricos en exaédricos, lo que no es posible al no existir un contenido genopotencial correspondiente, que "ordene" tal transformación.

Por otra parte, la disposición geométrica de los centros esféricos produce una variación genopotencial de carácter direccional, ya que esa disposición es percibida por el Yo espacial como una acción orientadora en seis direcciones, opuestas de dos en dos; contenido que se traduce en un comportamiento espacial tridimensional. Pero, este

hecho implicaría que los centros esféricos estuviesen ubicados sobre un triplano, lo que resulta totalmente irrealizable si estos centros permanecen estáticos.

Ahora bien, la contradicción existente entre la percepción tridimensional del circunmundo de un centro dado, por una parte, y la forma esférica irreductible de los centros, por tener su origen en la acción genopotencial primera, sobre la cual no pueden influir los hechos del espacio esférico, esa contradicción, decimos, queda inmediatamente resuelta si admitimos que la genopotencia expansiva toma la forma rotatoria. En tal caso, la totalidad del espacio esférico se comportaría en forma tal, que los centros circundantes de uno dado rotarían en torno de éste, el que, a su vez, rotaría en torno de cada uno de sus centros circundantes. Este comportamiento puede ser concebido, admitiendo que existe un intervalo de tiempo entre cada sistema en que un corpúsculo dado es centro. O sea, un mismo corpúsculo puede ser centro de un sistema y también satélite de seis sistemas diferentes, pero no simultáneamente.

Naturalmente, estos nuevos sucesos nos indican que el espacio tridimensional es "otro" espacio, diferente al espacio esférico: un espacio cuyos centros son sistemas organizados, compuestos de seis corpúsculos girando en torno a uno central; pero, no sólo es simplemente otro espacio sino que un grupo de espacios, separados por intervalos temporales.

Al llegar a este punto, podemos ya apreciar que estamos trabajando con un espacio ondulatorio, en el cual los impulsos expansivos, con sus opuestos convergentes, forman el campo magnético; mientras que la sucesión espacio-temporal, constituye el campo eléctrico, representando los núcleos las cargas positivas y los corpúsculos periféricos las cargas negativas. La acción genopotencial, que penetra y baña, por decirlo así, todo este esquema del Universo, constituiría el campo gravitacional.

La transformación siguiente, originada por la percepción del circunmundo de los sistemas heptánicos y en la que entran como com-

ponentes los seis períodos espacio-temporales, nos hace entrar ya en los fenómenos netamente atómicos.

El objeto de esta obrita ha sido demostrar la posibilidad de explicar la génesis de elementos pre-materiales, a partir del supuesto de una substancia-espacio. Estimamos cumplida la finalidad que nos habíamos propuesto, al llegar a este punto; sin perjuicio de ahondar y desarrollar esta teoría en futuros trabajos, que necesariamente han de ser de mayor extensión que el presente.

La teoría aquí expuesta es el fruto de muy largas investigaciones, en el curso de las cuales el autor ha seguido muchos caminos posibles; pero, hasta ahora, solamente el presentado en este trabajo ha resistido la prueba de disolver el propio escepticismo de quien ha pensado siempre que la verdad no puede estar tan lejos del individuo, que éste no pueda alcanzarla con los medios que la Naturaleza ha puesto en sus manos.